

UNAS COPLAS DE JORGE MANRIQUE Y LAS FIESTAS DE VALLADOLID EN 1428

Tres órdenes de vida se deslindan y evalúan resueltamente en las *Coplas de don Jorge Manrique por la muerte de su padre*: la vida terrena («temporal, / perescedera»); la menos frágil vida de la honra («otra vida más larga / de fama»); la vida perdurable, en fin, el más allá («estotra vida tercera»)¹. No le caben dudas al poeta, cristiano impecable, sobre la justa prelación:

Aunque esta vida de onor
tan poco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal,
perescedera;

pero no es un asceta ceñudo — uno de los *contemptores mundi* tan bien estudiados por R. Bultot —, atento sólo a pintar sombríamente las miserias «esta vida trabajada / que tenemos»: le importan más «los placeres y dulcores», «los deleytes de acá», para evocarlos en toda su fugacidad, cierto, pero también en todo su encanto. Así, la meditación liminar (1-13) en torno a la universal caducidad de las cosas se resuelve en un bellísimo y muy concreto retablo (14-24) de los esplendores «de ayer». Desdeña don Jorge el sobado repertorio que le brindan las «escrituras / ya passadas»², y se detiene, para rememorarlas al hilo de emocionados *ubi sunt?*³, en las grandes

¹ Fue R. BURKHART, *Leben, Tod und Jenseits bei Jorge Manrique und Francois Villon*, «Kölner Romanistische Arbeiten», I (1931), quien primero atendió a cómo la concepción de las tres vidas influye en el curso de la elegía (cf. la exposición de P. SALINAS, *Jorge Manrique, o Tradición y originalidad*, Buenos Aires, 1952^a, págs. 210-214); con todo, ya en 1930, don Américo CASTRO, *Muerte y belleza. Un recuerdo a Jorge Manrique* (últimamente en *Hacia Cervantes*, Madrid, 1960^a, págs. 83-89), había advertido el desarrollo de las *Coplas* «en tres planos de vida». M. R. LIDA DE MALKIEL, *La idea de la Fama en la Edad Media castellana*, México, 1952, págs. 88 y 291, notó un esquema parejo en el *Somnium Scipionis*, y J. E. GILLET, *Torres Nabarro and the Drama of the Renaissance*, Philadelphia, 1961, pág. 208, insistió muy sagazmente en la dependencia de las *Coplas* respecto de los *Triumphi* de Petrarca (IV, en que la Fama vence a la Muerte; V, el Tiempo a la Fama; VI, la Eternidad al Tiempo). Stephen GILMAN, *Tres retratos de la muerte en las «Coplas» de Jorge Manrique*, «NRFH», XIII (1959), págs. 305-324, recuerda que el *Dit des trois morts et des trois vijs* «creó la tradición de representar la muerte en forma tripartita» y ofrece un rico comentario estilístico de muchos aspectos del poema.

² Piénsese en el insopportable catálogo de nombres en el petrarquesco *De otio religioso*, de fácil consulta en Francesco PETRARCA, *Prose*, al cuidado de G. MARTELLOTTI *et al.*, Milán-Nápoles, 1955, págs. 596-598. Manrique, no obstante, en otros momentos del poema, si recurre a las «estorias»: E. R. CURTIUS, *Jorge Manrique und der Kaisergedanke*, «ZRP», LII (1932), págs. 129-151, mostró la deuda de las estrofas 27 y 28 (parangón de don Rodrigo y los emperadores romanos) con la *Primera crónica general*; la llorada doña María Rosa LIDA, *Para la primera de las «Coplas»...*, «RPh», XVI (1962-1963), pág. 171, n. 1, apunta nuevas coincidencias.

³ Véase recientemente M. LIBORIO, *Contributi alla storia dell' «Ubi sunt?»*, «CuN», XX (1960), págs. 114-209, y J. F. GATTI, *El «ubi sunt?» en la prosa medieval española*, «Fil», VIII (1962), págs. 105-121.

figuras de sus días: Juan II y los infantes de Aragón (16-17), Enrique IV (18-19) y «el ynocente» don Alfonso (20), don Álvaro de Luna (21), don Juan Pacheco y don Pedro Girón (22)⁴.

A tal desfile de príncipes y magnates pertenecen los versos más celebrados del poema. Conviene aducirlos ahora:

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los ynfantes de Aragón,
¿qué se fizieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta ynvención
como truxieron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras?
¿Qué se fizieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se fizieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trobar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel dançar,
aquellas ropa chapadas
que trayan?

Basta reflexionar un momento sobre tan perfectas sextillas, restauradas en su contexto, para captar algunas peculiaridades: en tanto los demás personajes (salvo «los otros dos hermanos», unidos además por el maestrazgo — don Juan Pacheco precedió a don Rodrigo Manrique en el de Santiago — y la actuación convergente) van apareciendo uno a uno, don Juan y los Infantes son evocados al par, rompiendo el orden jerárquico; y si Manrique subraya con rasgo destacado la dimensión pública de aquéllos, en cuanto a éstos parece no atender sino a un aspecto de nula resonancia política. De hecho, el poeta (frente a la biografía condensada que nos ofrece de Enrique IV o de don Alfonso) retrata al pobre rey y a sus belicosos primos de un solo trazo, recortando su perfil sobre el fondo bien circunstanciado de «las justas y los torneos». Varias veces coincidieron uno y otros

⁴ Pues estos son «los otros dos hermanos, / maestres tan prosperados», según ya vieron en el siglo xv Luis de Aranda y Garcí Ruiz de Castro, autores de los más valiosos comentarios en prosa (cf. la preciosa serie de *Glosas a las Coplas de don Jorge Manrique*, preparada por Antonio PÉREZ GÓMEZ, Cieza, 1961-1963, IV, fol. IX; V, pág. 54), y recordaron E. BUCETA, en «BHi», XXXIX (1927), págs. 408-412, A. CASTRO, en «RFE», XVII (1930), pág. 48, y H. PETRICONI, en «Investigación y progreso», VII (1933), págs. 356-358; otros estudiosos, erradamente, han identificado al maestre de Calatrava con don Beltrán de la Cueva (muerto en 1492!): cf. N. E. SÁNCHEZ ARCE, *Las glosas a las «Coplas» de Jorge Manrique*, Madrid, 1956, págs. 29-30.

(así, por ejemplo, en Medina del Campo, 1418, cuando las bodas de don Juan, o en Valladolid, 1440, cuando las del príncipe) en las luchas deportivas⁵ que tan cumplidamente satisfacían la aspiración de la aristocracia a un vivir estilizado, pero sólo uno de tales encuentros parece haber pervivido tenazmente en la memoria de todos: en la primavera de 1428 — cuenta veinte años después Gutierre Díez de Games —,

el ynfante don Enrrique tornóse a Castilla e vino a fazer reberencia al Rey a Valladolid, donde estava a la sazón, e con él su hermano el rey de Navarra. Estando entonces en Valladolid, fueron fechas allí grandes fiestas, en que ovo muchas justas e torneos e juegos de cañas, en que tomaron todos grand plazer: en las cuales dizen e dixeron algunos estonzes que se engendraron muchas malquerencias e avorrescimientos, segúnd que dende a pocos días aparesció por obra. El ynfante don Enrrique fizó la primera fiesta, muy noble; el rey de Navarra, la segunda; e el rey de Castilla, la tercera...⁶

Detengámonos un momento en los antecedentes de tan «grandes fiestas»⁷. El 6 de setiembre de 1427, don Álvaro de Luna, en cumplimiento de la sentencia de un año y medio de destierro dictada dos días antes por una comisión notoriamente parcial, abandonaba a Simancas para afincarse en su villa de Ayllón. Al bando aragonés, triunfador, se le ofrecía la oportunidad de ensayar tardíamente la política hegemónica concebida por Fernando de Antequera; con todo, nota un sabio especialista, «tres o cuatro meses bastaron para convencer al rey de Navarra [el infante don Juan] de la imposibilidad en que se encontraba de organizar un sistema político estable en Castilla. Siendo jefe de la nobleza, no podía sustituir lisa y llanamente al condestable, hacia el que Juan II mostraba mayor afecto que antes»⁸. Don Álvaro era necesario; y así, a 30 de enero de 1428, los infantes de Aragón firmaron la reconciliación con el Condestable, que el 6 de febrero, en Turégano, se reintegraba a la Corte. Las justas ponderadas por Díez de Games — contra lo que alguna vez se ha dicho — no se improvisaron en pocas horas; antes bien, Alvar García de Santa María deja constancia de su calmosa gestación (parte no desdeñable a explicar las malquerencias que «estonzes [...] se engendraron»): «Porque estas fiestas se ficiesen poco después que el condestable don Álvaro de Luna partiera de la Corte, habían supli-

⁵ Cf. M. de Riquer, ed., *Lletres de batalla*, I, Barcelona, 1963, págs. 47-81 y *passim*.

⁶ G. Díez de Games, *El Vitorial*, ed. J. de M. Carrizao, Madrid, 1940, págs. 328-329.

⁷ Descritas con notable detención — como por quien participó en ellas activamente — en la *Crónica del Halconero de Juan II, Pero Carrillo de Hute*, ed. J. de M. Carrizao, Madrid, 1946, págs. 18-26, a la que explica más de una vez la *Refundición* del obispo Barrientos, ed. J. de M. Carrizao, Madrid, 1946, págs. 58-64. El ms. de la *Crónica de Juan II de Castilla*, de Alvar García de Santa María, en que se basa el texto de la «Codoín», C, págs. 16-17, aporta varias importantes precisiones, pero sus lagunas dejan en la sombra otros tantos puntos de interés (cf. n. 11): esperemos que no se retrase la ed. crítica prometida por don Juan de Mata Carrizao. La *Crónica de don Juan II* publicada en 1517 por Lorenzo GALÍNEZ DE CARVAJAL (año XXII, VII-X; ed. C. ROSELL, «BAAEE», LXVIII, págs. 446-447) trae diversos datos complementarios, que no siempre creo seguros. Los textos entre comillas, sin más advertencia, los tomo de la *Crónica del Halconero*; en los otros casos, la mención de la página no permite equívoco respecto a la fuente citada. Por lo demás, no pretendo narrar ni estudiar exhaustivamente las fiestas de 1428: me limito a presentar sus aspectos más relacionados con mi objeto presente y a añadir algún comentario para su mejor inteligencia.

⁸ L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Trastamara de Castilla y Aragón en el siglo XV (1404-1474)*, Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, XV, Madrid, 1964, pág. 101.

cado al Rey el rey de Navarra e mucho más afincadamente el infante don Enrique, su hermano, e de cada día en todo este tiempo fablaban en ellas; pero el Rey nunca diera desempachado consentimiento a ello fasta la venida del Condestable» (pág. 15).

Ahora bien, el jueves 29 de abril de 1428, de paso para Portugal, donde la esperaba su prometido el príncipe don Duarte, llegó a Valladolid la infanta doña Leonor, hija de Fernando de Antequera: venían acompañándola desde Medina del Campo sus hermanos los infantes de Aragón, don Enrique, maestre de Santiago, y don Juan, rey de Navarra; y salió a recibirla «fasta las huertas», a media legua de la ciudad, su primo el rey de Castilla. El domingo 2 de mayo, don Álvaro de Luna festejó a la novia con una justa «en armés real» ⁹.

La ocasión no podía ser mejor para llevar a término los festejos tiempoatrás proyectados por los Infantes — y empequeñecer de paso los de don Álvaro —. A tal fin, don Enrique mandó levantar en la Plaza Mayor de la villa, «al cantón de la calle que sale de la puerta del Canpo» ¹⁰, una fortaleza «de madera e de lienço», con su torre y torrejones, un campanario y un pilar sobre el que se alzaba «un grifo dorado, el qual tenía en los brazos un estandarte muy grande de blanco e colorado»; todo ello rodeado por una alta cerca y su barrera, cada una de cuyas doce torres se destinaba a «una dama vien arreada». La tela o palenque llegaba desde la cerca (junto a la cual había una gran rueda dorada, «que dezian Rueda de la Ventura») hasta un conjunto arquitectónico formado por «otras dos torres e un arco de puerta, adonde abían de venir todos los cavalleros aventureros; e dezian unas letras encima deste arco: *Este es el arco del pasaje peligroso de la Fuerte Ventura*» ¹¹; sobre

⁹ En la *Cadira del honor*, al indagar «si puede tomar armas cualquier persona», explica Juan Rodríguez del Padrón: «Commo los mayores e los menores fydalgos, es a saber, los cavalleros e los escuderos, en las batallas antiguamente llevasen yelmos, por causa de los quales yelmos no podian ser conocidos, e los frecheros, peones e vallesteros llevasen las caras descubiertas, fue convenible cosa que los fydalgos, e non los otros, deviesen en sus escudos traer señales e armas, por donde en los tales fechos se pudiesen conocer. [...] E commo este modo de batallar fuese de más valentía, en quanto requiere destreza e ardymento e fortaleza más de lo que pide el flechar nin algúnd otro modo de combatir a pie, fue de los nobles antiguos por más noble escogido; onde aquellas justas que aún oy se fazen en armés real con los tales escudos en que los nobles antiguos trayan sus armas, son por más nobles avidas que las que se fazen en armés de guerra» (*Obras de J. R. de la Cámara*, ed. A. PAZ y MÉLIA, Madrid, 1884, págs. 155-156). No se trata — ni aun se menciona — tal materia en E. de LEGUINA, *Torneos, jineta, riegos y desafíos*, Madrid, 1904, ni en el *Glosario de voces de armaría*, Madrid, 1912, del mismo autor.

¹⁰ Es decir, la actual calle de Santiago: cf. J. AGAPITO Y REVILLA, *Las calles de Valladolid*, Valladolid, 1937, pág. 460.

¹¹ La *Refundición*, pág. 60, trae: «un varco donde avía letras que dezian: *Este es el varco...*» Pero naturalmente no se trata de un 'varco' ni de un 'vado', sino de un 'arco', que, como se verá, era el lugar «defendido» por los mantenedores y el que los aventureros no podían franquear sino para competir con aquéllos (sobre las condiciones normales en los pasos, cf. M. DE RIQUER, ed., *Lletras de batalla*, págs. 75 y sigs.). Al rematar su descripción de la fortaleza y del arco, Alvar García (pág. 16) escribe: «Esto facía a semejanza de...»; la laguna del ms. (12 renglones) nos impide conocer, por el momento, si el simulacro de la Plaza Mayor pretendía ser realmente el tan mentado palacio de Fortuna o tenía algún modelo literario en concreto. Adviéntase que Apolidón también «puso una ymagen de hombre de cobre», con «una trompa en la boca, como que quería tañer» (*Amadís de Gaula*, II, ed. E. B. PLACE, Madrid, 1962, pág. 358 a), en el célebre «arco de los leales amadores» [sobre el cual, cf. la erudita nota de Juan Bautista AVALLE-ARCE, en «NRFH», VI (1952), págs. 149-156]; aunque su influjo es dudoso en nuestro caso, el *Amadís* dejó honda huella en otras fiestas caballerescas: cf. simplemente Daniel Drivoto, *Folklore et politique au Château Ténibrex*, en J. JACQUOT, ed., *Les fêtes de la Renaissance*, II, París, 1960, en especial págs. 319 y sigs.

cada torre debía figurar «un ome con una vozina de cuerno». Todo era obra de «un lombardo que el Infante traía consigo» (pág. 16). El martes 18 de mayo, «mantobo el dicho señor ynfante en arnés rreal, con otros cinco cavalleros»; uno de los jueces del paso fue Pedro Carrillo de Huete. Antes de iniciarse la lucha, se danzó y se celebró un generoso convite al pie de la fortaleza; «e después cavalgó el ynfante e fuese a su posada e traxo un entremés»: lo componían ocho doncellas, sobre otros tantos corceles de suntuosos paramentos, seguidas por «una deesa encima de un carro y doze donzelladas con ella, cantando en dulce armonía, con muchos menistriiles» (pág. 60)¹². La diosa fue entronizada junto a la rueda, con su cortejo, y los mantenedores se armaron en la fortaleza (donde también paraban «muchos gentiles omes, con unas sobrecotas de argentería, de la librea que el señor ynfante avía dado»). Al acercarse al arco los aventureros, los de las torres «tocavan sus vozinas» y una doncella hacia repicar la campana del castillete: «e salían luego de la fortaleza una dama encima de una facanea e un faraute con ella, e dezía: —“Cavalleros, ¿qué ventura vos traxo a este tan peligroso passo, que se llama de la Fuerte Ventura? Cúplevos que vos volbades; si non, non podredes pasar syn justa”. E luego ellos respondían que para ello eran prestos». Don Juan II acudió con veinticuatro caballeros, «todos con sus paramientos verdes arpados, e el señor Rey con unos paramientos de argentería dorada, con una cortapisa de armiños muy rrica e un plumón e diademas de mariposas». El rey de Castilla quebró dos varas; el de Navarra (a quien daban escolta doce caballeros con molinos de viento sobre los yelmos), una, y otra don Enrique — con tan mala «ventura», que fue derribado en el encuentro y quedó sin sentido —. «Duró esta fiesta del Infante seis días, faciendo sus justas e otras caballerías de cada día» (pág. 16): a don Enrique le costó de doce a quince mil florines.

El lunes, 24 de mayo, quien mantuvo fue el infante don Juan, con otros cinco caballeros. «E traía el señor rrey de Nabarra treze pajes, todos con sus gorjales de argentería labrados e sus caperuças de grana», en tanto el de Castilla llevaba un venabio al hombro y una corneta a la espalda, y sus diez caballeros, «todos con sus paramientos de azeytuný pardillo e sus gentiles penachos», portaban lanzas de monte y bocinas: atavío muy propio, por quanto abrían la comitiva un león y un oso¹³, «con muchos monteros, e canes

¹² Sobre los «entremeses» por el estilo del de don Enrique (verdaderas cabalgatas o desfiles con carrozas figuraciones, cantos y músicas, sólo muy remotamente teatrales), cf. ahora el prólogo de don Fernando LÁZARO a su excelente versión de *Teatro medieval*, Valencia, 1958, págs. 30-40, y los de J. ROMEU FIGUERAS a sus eds. de *Teatre biogràfic*, I, Barcelona, 1957, pág. 33-35, y *Teatre profò*, I, Barcelona, 1962, pág. 8-14. C. A. MARSDEN, *Entrées et fêtes espagnoles au XV^e siècle*, en J. JACQUOT, ed., *Les fêtes de la Renaissance*, II, pág. 390, nota con justicia que «l'Espagne est en retard sur d'autres pays d'Europe [...] aussi dans le développement de ses fêtes. [...] Si nous cherchons une tradition comparable à celle de la Florence des Triomfi [véase ahora R. M. RUGGIERI, *L'umanesimo cavalleresco italiano -da Dante al Pucci*, Roma, 1962], nous ne la trouverons pas. Certes, on peut en rencontrer les éléments — les chars, les arcs, etc. —, mais sporadiquement; precisamente al comentar las invenciones mitológicas de las justas de Madrid en 1433, señala don Rafael LAPESA, *La obra literaria del Marqués de Santillana*, Madrid, 1957, pág. 153: «Creeríamos hallarnos ante uno de esos desfiles triunfales gratos a la pintura italiana de la época»; la intervención del experto lombardo aclara en buena parte el carácter innovador del *Paso de la Fuerte Ventura*.

¹³ De los parques zoológicos medievales trató doña María GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL, *Leones domésticos, Clavileño*, 9, págs. 16-18 (con adecuada noticia de las fieras exhibidas el 24 de mayo de 1428).

que yvan ladrando». Don Enrique justó dos veces, y la segunda salió «solo en su caballo e syn tronpeta nenguna, con unos paramientos muy rricos, vordados de oro; la qual vordadura eran esperas, e unos rrótulos con unas letras en que dezía: *Non es*»¹⁴. El rey de Navarra ofreció una cena en una sala suntuosamente ornada; luego, mientras se danzaba, «entraron dos alvardanes, con sendos talegones de rreales a cuestas, dando bozes y diciendo: “¡Esto nos hizo prender por fuerza el señor rrey de Navarra!”» (pág. 63), por «hacer larguezas» (pág. 447 a). Acabada la fiesta, todos se retiraron a dormir «en ciertas cámaras que el rrey de Navarra les avía mandado aparejar cerca de aquella sala donde avían cenado y dançado» (pág. 63).

También para honrar a su prima, don Juan II organizó «una justa en arnés rreal», el domingo 6 de junio. En la Plaza Mayor mandó disponer un alfaneque o tienda de campaña «con diez y ocho gradas de vien rricos paños de oro, e puso una tela de paño de cestre [‘Chester’] colorado, e a la otra parte de la tela un cadalso cercado de paños franceses». El rey de Castilla venía «como Dios Padre, y luego doze cavalleros¹⁵ como los doce apóstoles» (pág. 63), con diademas y rótulos donde se indicaba el nombre y el martirio del apóstol que contrahacía cada uno: «e todas sus cubiertas de los cavallos de grana, e dárugas [‘adargas’] bordadas, e unos rrétolos que dezian: *lardon*. Así que [fue] bien entendida la invención»¹⁶. Pues a tan santa cuadrilla se

¹⁴ La *Refundición*, pág. 63, indica que el Infante salió como caballero incógnito («desconocido») — según tan frecuentemente se hacia, en la realidad y en la ficción, desde el mismo Chrétien de Troyes (cf., por ejemplo, *Le chevalier de la charrete*, ed. M. ROQUES, París, 1958, págs. 170 y sigs.) —, «con unos paramientos [...] y en ellos bordado unas peras y letras que dezían: *Non as*». Según Barrientos, pues, ¿la empresa debía entenderse: «non esperas»? ¿O bien el mote era «non es» y lo bordado «peras», rezando la empresa: «non esperas»? Creo que la interpretación correcta es otra: la letra diría, en efecto, «non as», pero lo bordado serían «esperas», es decir, «esperas» (recuérdense los reproches de RABELAIS, *Oewres*, I, ed. A. LEFRANC et al., París, 1912, pág. 99, a «ces glorieux de cour et transporteur de noms, lesquelz, voulens en leur divises signifier *espérance*, font porter une sphère...»); el mismo juego se registra en Gil Vicente: «tomarão/espéra por sua divisa» [para esta segunda cita y la pronunciación de *pb* que posibilitaba el equívoco, cf. J. E. GILLET, ed., *Propalladia and other works of B. de Torres Naharro*, III, Bryn Mawr, 1951, pág. 662]; habrá que comprender, según ello: «non as esperas», ‘no esperas’, referido a la dama por quien se sacó la invención o al corazón, a la pasión, del propio Infante.

¹⁵ Uno de ellos don Pero Niño, y nada menos que de San Pablo; cf. *El Victoriano*, pág. 329. La simulación urdida por el rey — un tanto desazonadora para la religiosidad moderna — cobra todo su sentido a la luz de sus copiosos correlatos en el ambiente coetáneo. Para encarecimiento de la dama o de la pasión del galán, la lírica cancioneril y sus hondas filtraciones en el vivir cortesano recurren reiteradamente al muy familiar lenguaje latréutico (cf. últimamente F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato*, Madrid, 1960, págs. 233-239; M. R. LIDA DE MALKIEL, *La originalidad artística de «La Celestina»*, Buenos Aires, 1962, en el índice, s.u. «hipérbole»; O. H. GREEN, *Spain and the Western Tradition*, I, Madison, 1963, en el índice, s.u.), en tanto el elogio de reyes y señores desmesura el carisma divino que unge y constituye a toda autoridad de la época (recuérdese cómo en Jaén, «todos, grandes y chicos adoravan en él [Miguel Lucas] como en Dios», *Hechos del Condestable don M. L. de Iranzo*, ed. J. de M. CARRIAZO, Madrid, 1940, pág. 268). «La hipérbole sacroprofana — indicaba doña María Rosa LIDA, «RFH», VIII (1946), pág. 129, al recordar la ocurrencia de Juan II — no es un azar literario presente sólo en la lengua y en la literatura, sino un rasgo de todas las formas artísticas de la vida»; a lo que cabe añadir que la conducta del rey, ya satisfecho con la vuelta de don Alvaro, tal vez significara algo así como una autoafirmación y una discreta llamada al orden enderezada a sus primos los infantes: concluidas las fiestas, gastó menos rodeos para librarse de don Enrique y despedir a don Juan para Navarra, con conciencia de que «en un reyno no parescían bien dos reyes» (pág. 448 b). A título de curiosidad, recordaré cuán duramente se persiguió unos años más tarde el brote vizcaíno de la Hermandad del Libre Espíritu, cuyo grupo rector lo constituyan doce varones, que remedaban a los Apóstoles, y una mujer, como la Virgen (cf. J. B. AVALLE-ARCE, *Dos notas de heterodoxia. I. Los herejes de Durango*, «Fil», VIII (1962), págs. 15-21).

¹⁶ Su sentido era: «dará galardón».

opuso el infante don Enrique, «con doze cavalleros, todos por orden uno delante otro, los seys sus sobrevistas de llamas de fuego¹⁷ e los otros seys todos cuviertos de fojas de moral»; y aún tornó más tarde a la tela, «desconocido», con sobrevistas de carmesí aterciopelado y brocado de oro y un codo de guarnición de armiños, sin más séquito que tres pajés enmascarados, «con cortapisas de martas»: hizo tres carreras, «delibráronlo, e volvióse». Más admiración seguramente debió de despertar el rey de Navarra, presentándose «en una rroca¹⁸ metido, encima un cavallo, e encima de la rroca un ome con un estandarte, e cinquenta cavalleros, todos armados en arnés de guerra [cf. n. 9], que yban guardando la rroca, los veinte y cinco delante e los otros detrás, e otros lançando truenos, a pie, de fuera de la rroca»: así dieron dos vueltas por el campo. La justa duró hasta que hubo estrellas en el cielo¹⁹.

Juan Antolínez de Burgos, «el primer historiador de Valladolid» (ca. 1557-1638), no olvidó consignar en la crónica de su ciudad natal la noticia de tan «grandes fiestas», con particular detenimiento en el *Paso de la Fuerte Ventura*:

... dentro del castillo estaba el infante y los caballeros que eran de su facción, y sobre la puerta pendía una campana para que cada uno de los aventureros mandase dar tantos golpes cuantas carreras quisiese hacer, a los cuales el infante y seis caballeros de su casa que con él mantenían habían de satisfacer, según contenía el cartel puesto en palacio. Hiciéronse en estas fiestas cosas muy señaladas y solemnes [...] De ser tan lucidas estas fiestas tomó motivo aquel insigne caballero don Jorge Manrique para aquellas célebres coplas que escribió, tan llenas de desengaños como de gravedad y dulzura de estilo, que dicen así: «¿Qué se hizo el rey don Juan?», etc.²⁰

En la parte descriptiva Antolínez de Burgos se limita a modernizar el lenguaje de la *Crónica de don Juan II* sacada a la luz por Galíndez de Carvajal;

¹⁷ La divisa tal vez se acompañara de una letra por el estilo de la que explanaba «unos fuegos encendidos» que lució en cierta justa don Pedro de Acuña: «De los fuegos encendidos / qu'en mi coraçon están, / salien étos que aquí van» (*Cancionero general del CASTILLO*, Valencia, 1511, núm. 562; puede verse ahora en el facsímile publicado por la R. Academia Española, con espléndido pról. de don Antonio RODRÍGUEZ-MONINO, Madrid, 1958). Por otro lado, para aludir a los poco peligrosos incendios eróticos era corrientísimo ostentar, en «paramentos, bordaduras / y cimeras», llamas, velas, hogueras, «lanternas», antorchas, centellas, lámparas (cf., sin salir de los dos mayores repertorios de invenciones, *Cancionero general*, núms. 496, 521, 535, 544, 548, 550, 562; *Cuestión de amor*, ed. M. MENÉNDEZ PELAYO, «NBAE», VII, págs. 45 a, 46 b, 55 a, 86 b, 89 a, 92 a, 93 a).

¹⁸ La *Crónica de Juan II*, pág. 446 b, trae: «el rey de Navarra [...] mandó hacer una roca, la qual levaba sobre carretones, y era tan grande, que él venía dentro della armado de arnés real encima de un caballo muy grande e muy ricamente arreado, e llevaba por timbre otra roca». Creo que ésta es la más antigua noticia (al parecer no aprovechada modernamente) sobre la existencia en Castilla de las *roques* profanas que desde decenios antes venían alegrando las celebraciones públicas en la corona de Aragón (cf. sólo F. LÁZARO, *Teatro medieval*, págs. 30-32); y no es casual, desde luego, que fuera un infante de Aragón quien contribuyera con una a las fiestas de Valladolid.

¹⁹ Todavía antes de que doña Leonor partiera a velarse en el monasterio de La Mejorada, tuvo lugar otro espectacular acto caballeresco (8 de junio): las armas «retretas» de Gonzalo de Guzmán y el aragonés mosén Luis de Falces, que aún recordaba don Quijote (I, 49); y «acabadas las fiestas susodichas, el Condestable hizo un torneo de cinquenta contra cinquenta, blancos e colorados, [...] en el qual, comoquiero que todos anduvieron muy bien, el Condestable se mostró mucho más ardido» (pág. 447 b).

²⁰ J. ANTOLÍNEZ DE BURGOS, *Historia de Valladolid*, ed. J. ORTEGA y RUBIO, Valladolid, 1887, págs. 128-129; sobre Antolínez y su obra, cf. N. ALONSO CORTÉS, *Miscelánea vallisoletana*, Valladolid, 1955, I, págs. 483-508, y II, págs. 353-366.

pero la apostilla sobre las *Coplas* manriqueñas — ya sea conjetura propia, ya recoja una tradición local más o menos docta—no es por ello desdeñable.

Con todo, no aspiremos ingenuamente a concordar punto por punto las estrofas de don Jorge y el relato de las crónicas: invenciones²¹, trovas, galanterías, danzas, indumentaria suntuosa...²² fueron «devaneos» comunes a todas «las justas y los torneos», en tiempos de don Juan II. Son otros aspectos de la elegía los verdaderamente reveladores. En su precioso libro ya citado, comentaba don Pedro Salinas a propósito de las famosas coplas 16 y 17: «Apenas nombrado don Juan el poeta lo abandona y moviliza ante nuestra imaginación el fabuloso y alegre espectáculo del vivir palatino. Jorge Manrique ha encontrado algo de más alcance significativo que un varón eminente, emperador o rey, para encarnar su ejemplo» (pág. 174); pero tal interpretación (según la cual lo evocado por Manrique sería la imprecisa vida cortesana del medio siglo de un reinado) no parece del todo satisfactoria,

²¹ «Invención» (cuando no se prescinde por completo de la voz, como en el glosario de la ed. de A. CORTEINA, «Clás. Cast.», XCIV) suele entenderse 'novedad', 'moda o innovación de gusto' (así E. BENITO RUANO, *Los infantes de Aragón*, C.S.I.C., 1952, pág. 66); en realidad, el verso de don Jorge («¿Qué fue de tanta invención?») debe referirse a algo menos vago. «Invención» era normalmente, cuando se trataba de diversiones cortesanas o caballerescas, sinónimo de lo que en el siglo XVI se llamó casi uniformemente «empresa»: una armónica combinación de imagen («devisa», «cuerpo») y palabra («mote», «letra», «alma»), denotadora del pensamiento o el sentimiento de quien la lucía (así la explicada en la n. 14); pero el término podía especializarse para sólo la «devisa» (piénsese en el epígrafe de la quinta sección del *Cancionero general*: «Invenciones y letras de justadores») o designar una empresa compuesta meramente por «cuerpo» plástico o pictórico, sin «alma» literaria (según admitieron varios teóricos renacentistas; cf. R. KLEIN, *La théorie de l'expression figurée dans les traités italiens sur les «imprese»*, 1555-1612, «Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance», XIX (1957), págs. 325-327), como—si no llevaban letra— las «llamas de fuego» del acompañamiento de don Enrique (cf. n. 17; ¿aludiría tal vez a ellas la pregunta del poeta sobre «las llamas / de los fuegos encendidos / de amadores»?) Tales eran las invenciones ostentadas preferentemente en «paramientos, bordaduras / y cimeras»; a este propósito espigo, de entre muchos, un texto de interés, en el que Ponç de Menaguerra, entre 1479 y 1493 (*Lo Cavaller*, ed. P. BOHIGAS, en *Tractats de cavalleria*, Barcelona, 1947, pág. 194), aconseja al justador novel sobre la manera de presentarse en la tela: «No's oblide portar guarnició ben consertada, o paraments chapats, brocats o de seda, lo més rich y pompos que li sia possible; les armes netes, febrides, ben guarnides d'or y de seda; lo escut brodat o pintat de alta y galan invació. Vaja cenyit per lo mig a l'usanza, y, sobre tot, bella cimera, la letra de la qual, si serà ben acertada, en moltes parts escrita la done, en lo primer arremetre, a les gentz que saber la declaració de les invencions naturalment desigen». Por otro lado (a veces posiblemente por marcar el acento en el «cuerpo» autónomo, significativo por sí solo), con el término «invenciones» cabía aludir a 'disfraces' o 'mascaradas', 'simulaciones' o pasos de armas en los que se copiaba un episodio mitológico o novelesco, y, por ahí, a entretenimientos semejantes a los entremeses como el de don Enrique o a las rocas como la de don Juan (ejemplos de estas acepciones, limitándonos a una sola fuente, pueden hallarse en los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas*, págs. 50, 55, 58-59, 110, 161, 262, 378; cf. también, aunque no siempre exacto —creo—, Ch. V. AUBRUN, «BHi», XLII (1942), páginas 52 y sigs.).

²² La Crónica de don Alvaro de Luna (redactada en varios momentos desde 1445 y completada a fines del xv), ed. J. de M. CARRIAZO, Madrid, 1940, págs. 67-68, escribe: «Non fue de pequeño prescio el arreo e rico guarnecimiento que para el Condestable e los caballeros e escuderos de su casa se aderesçó e fizó para aquella entrada en la Corte [en Turégano]. Allí fueron traydos plateros, argenteros e bordadores e sastres de la corte del Rey e aun de fuera del reyno, los quales muchos días fueron ocupados en fazer guarniciones de oro e de plata, e cintas e cadenas e ropa e otras bordaduras muy ricas, quales antes non avían parescido en la Corte. [...] El Condestable iba vestido de camino, de muy nueva manera e muy rica, e llevaba tras si muchos pajés, [...] e los unos pajés le llevaban la lanza e iban a la gineta, e otros a la guisa, en valientes caballos, todos cubiertos de paramientos bordados, e otros brocados e chapados, por la manera que por ese tiempo se usaba en Castilla». Lo notable es que «ese tiempo» sea justamente febrero de 1428; y cabe preguntarse si Manrique también consideraba las «ropas chapadas» como especialmente propias de aquellos años. Don Enrique, «entre las otras cosas, dio a los suyos cuarenta e cincuenta crochas, todas cubiertas de argentería» (pág. 16), es decir, chapadas.

y sí en cambio muy exacta otra apreciación de Salinas: «Manrique siente que a cada nombre [de la segunda sección del poema, ordenada jerárquica más que cronológicamente] debe acompañar algún detalle que le determine, que le distinga, facilitando la operación psicológica buscada: el evocar. El personaje aparece rodeado de sus cosas, de un cierto número de particularidades que proyectan sobre él una luz distinta» (págs. 172-173). Para el lector coetáneo, la pregunta inmediata por los infantes de Aragón y el esplendor de las celebraciones proyectaría, en efecto, «una luz distinta» sobre la figura de don Juan, aislandola en una escena de su tragicomedia vital; una luz que alumbraría un momento bien definido en la historia de la Castilla cuatrocientista. Pues si no responde al deseo de singularizarlos, de relacionarlos y fijarlos en el espacio y en el tiempo, ¿qué sentido puede tener la mención conjunta (frente al proceder seguido con los otros personajes del retablo) de don Juan y sus primos, en el marco de unas fiestas cortesanas? Las de Valladolid en 1428 — puntualiza un buen conocedor del período — «sólo encuentran parangón en el relato de las Crónicas coetáneas con los festejos que honraron las propias bodas principescas del heredero castellano» ²³, el futuro Enrique IV; tal medida de atención no es gratuita, por supuesto, antes la justifican la novedad de las celebraciones y — testigo Díez de Games — el duradero recuerdo de los «avorrescimientos» en ellas madurados. Entre justa y baile — si así puede decirse — don Álvaro de Luna debió de ir perfilando su desquite, atrayéndose a los miembros del Consejo Real recién reformado; acabadas las fiestas en honor de la Infanta, el Condestable, ya adalid de la oligarquía nobiliaria, se apresuró a poner en práctica su bien meditado plan: el maestre de Santiago y el rey de Navarra fueron alejados de la Corte con escasas contemplaciones (de donde, andando el tiempo, la guerra con Aragón) y la nobleza se volcó en apoyo de don Álvaro (incluido el adelantado Pedro Manrique, hasta entonces tan fiel a la causa aragonesa). «De este modo — resume Suárez Fernández — la situación política había dado una vuelta completa» ²⁴.

Todo ello, y probablemente sin necesidad de recurrir a las «estorias», sería cosa harto sabida para Jorge Manrique (y otros muchos contemporáneos), cuyos mayores vivieron intensamente aquel decisivo año de 1428. Al contemplar cuán callando pasó «lo de ayer», las fiestas de Valladolid — con el brillo de la espectacularidad a flor de piel y latentes en su seno las tinieblas de las rivalidades — pudieron cifrar a ojos del poeta el claroscuro del reinado de Juan II: todas las fuerzas en debate — el Rey, el Condestable, los infantes de Aragón — justaron «en arnés real» en la Plaza Mayor (años después, don Álvaro volvería a ella, también para mostrarse muy «ardid», en bien distinta circunstancia: «no cumple que dél se fable, / sino sólo que lo vimos / degollado»). La alusión específica a las fiestas de 1428, así, se enriquecería con un amplio valor de símbolo.

El cotejo con las crónicas y la afirmación de Antolínez de Burgos — lógicamente deseoso de acrecer las glorias de su villa natal — no permiten

²³ E. BENITO RUANO, *Los infantes de Aragón*, pág. 47.

²⁴ L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, XV, pág. 104.

al crítico medianamente cauto aseverar que efectivamente son los festejos vallisoletanos los esbozados por don Jorge en las coplas 16 y 17. «La crítica literaria — como toda disciplina de humanidades — no puede aspirar a la verdad absoluta, sino más bien a una verdad relativa y provisional dentro de las limitaciones del estado presente de conocimiento», escribía doña María Rosa Lida ²⁵. Difícilmente, por la propia naturaleza de la hipótesis, surgirán testimonios adicionales favorables o contrarios a la relación postulada. Pero no puedo dejar de insistir en que con tal interpretación el poema manriqueño se beneficia estéticamente. Con genial intuición se detenía don Antonio Machado en la copla 17, para apuntar: «No pueden ser ya cualesquiera damas, tocados, fragancias y vestidos, sino aquellos que, estampados en la placa del tiempo, commueven — ¡todavía! — el corazón del poeta [...], aquellos y no otros» (*Cancionero apócrifo*). Don Antonio, claro está, descuidaba la cronología; pero su honda percepción del «acento temporal» del poema no podía engañarlo: la emoción se concentra en «aquel trobar», «aquel dançar», «aquellas ropas chapadas», únicos e irrepetibles; aquellos y no otros, y por eso llenos de vida, prestos a transmitirnos el temblor de lo pasado.

FRANCISCO RICO
Universidad de Barcelona

²⁵ M. R. LIDA DE MALKIEL, *Two Spanish Masterpieces. The «Book of Good Love» and «The Celestina»*, Urbana, 1961, pág. 1.